

dad americana, incide en su crítica radical del país, se emociona ante la grandiosidad de los paisajes, le gusta Nueva Orleans por su flora, su fauna, su comida y su belleza; en Ohio descubre el negro infierno de Vulcano, y en Detroit, la máxima deshumanización; en Chicago, el dinamismo; en Hollywood, que la mayoría de las personas se venden por dinero y allí reafirma su autonomía: no le importa la fama, quiere ser él mismo y escribir siempre según sus impulsos, y, por fin, encuentra un hogar. Este largo periplo por la inmensidad de América es en realidad un viaje alrededor de sí mismo. Henry Miller no ve a América de un modo objetivo, no es ese su interés. Ve a América desde sí mismo y para sí mismo. Instalado ya en Big Sur se encuentra un hombre nuevo: el hombre que, seguro del camino emprendido, espera con confianza el éxito ya inminente de su obra. También de este viaje no transmite como legado un libro: "Pesadilla de aire acondicionado".

Henry Miller, al que vemos en estas cartas renacer varias veces, conserva a lo largo de todas ellas la identidad del estilo: frases rotundas, contundentes, breves. Afirmaciones tajantes. Escasas interrogaciones. Los adjetivos califican la realidad nombrada con sus atributos fundamentales. Rara vez se acercan a ella a través de matizaciones imprecisas. Salta de unos aspectos de la realidad a otros sin transición, con rapidez. Su mirada es inquieta, apasionada. El retrato que de sí mismo hace Miller es audazmente sincero. A nosotros nos corresponde reconocer: ¡he aquí el hombre!, ¡he aquí el artista!

Respecto a la edición conviene destacar la introducción de Gunther Stuhlmann y las abundantes y precisas notas acerca de los amigos y personajes que aparecen en la correspondencia. ■ MARIA JESUS ORBEGOZO.

Sciascia o el tábano que no cesa

Cándido, el inolvidable personaje inventado por Voltaire, acompañado por el filósofo Martín, visita en Venecia al señor Pococurante, un noble veneciano. La visita le proporciona a Voltaire la ocasión de realizar a la ma-

nera cervantina un divertido, heterodoxo y desmitificador "escrutinio" de la biblioteca del veneciano.

En cierto momento, repasando libros, Pococurante, ante una "cándida" observación de Cándido, responde: "Es hermoso escribir lo que se piensa, es un privilegio del hombre. En toda nuestra Italia se escribe nada más que lo que no se piensa".

Esta hermosa frase volteriana cuadra perfectamente con la actitud de ese fustigador de conciencias acomodaticias, que, a veces, se hace molesto. Y, sin em-

bargo, no hace otra cosa que seguir el consejo del señor Pococurante. Decir lo que se piensa, disfrutar de ese privilegio que posee el hombre, por serlo, es lo que viene haciendo, desde hace mucho tiempo, Leonardo Sciascia (Racalmuto, Sicilia, 1921).

Habrà que salvar las distancias que se quiera, pero cuando uno lee una entrevista con Sciascia (y en los últimos meses han aparecido, al menos, dos en esta revista y una en "El País Semanal") o mediata un artículo de José Luis L. Aranguren, llega a la conclusión de que algo une a los

dos intelectuales; de que los dos saben cuál es su papel: ser lo más parecido al tábano, que irrita, desazona, molesta.

Y por si hiciera falta dar ejemplos, aquí van dos. Sciascia arremetiendo contra actitudes y posiciones del PCI (y no sólo contra la DC, que eso lo puede hacer cualquiera). O Aranguren recordando a la izquierda española, que hoy casi con unanimidad condena (muy justamente) el terrorismo de ETA, que esta organización es la misma —con una meta que alcanzar— que la que fue aplaudida cuando cometió

ADIOS A LAS LETRAS

Las condenas de Mario

A Mario Vargas Llosa pueden condenarlo por decir la verdad acerca de su país.

Si condenan a Mario Vargas Llosa habrán condenado a su país. ¿Debe permitir Mario que lo condenen? ¿No cometerá un crimen patrio, en este caso, al hacer revertir su falta en el propio Estado peruano?

Vivimos un mundo de locos. Mario Vargas Llosa escribió, dijo, afirmó, insinuó o proclamó a los cuatro vientos, que los niños de Perú, su tierra, se pelean con los perros por conseguir la comida. Nada hay más noble que decir la verdad. Nada hay más noble que buscar comida para no morir

de hambre. Nada hay más cobarde que negar lo que es obvio.

El Estado peruano ha negado lo que es obvio. Amigos míos que regresan de Perú relatan que la denuncia —el anuncio, en realidad, porque antes no se declaran estas cosas— del escritor peruano peca por prudente: la realidad es aún más dramática.

Aquí, en España, se silenciaban hasta hace poco las cosas para que no ocurrieran. Ocurrían, pero entonces se seguían silenciando para que se pudieran en la nada del anonimato. Ahora se siguen perpetrando iguales crímenes de silencio, pero ya se va recubriendo a la censura con los velos de lo pasado. Resurge de vez en cuando, pero ya tiene los músculos fíccidos, los pómulos blancos, la cara amoratada.

Yo he visto a los niños peruanos pegarse por la comida. En realidad, yo no los he visto, porque jamás estuve en Perú, pero creo en la palabra de Mario Vargas Llosa. Ahora que todo el mundo firma declaraciones sobre aquello que no hizo para solidarizarse con los que sí lo hicieron, no estaría mal que los españoles dijéramos cuántas veces, dónde y cómo hemos visto pelear a los niños por un pedazo de pan.

La vía peruana al pedazo de pan es la pelea entre los niños. No está mal que en este Año Internacional del Niño el Gobierno peruano haya decidido ocultar lo obvio, ponerle puertas al campo de denuncia de Mario Vargas Llosa.

En toda acción contra los escritores, el pasado mueve montañas.

La buena sociedad peruana no le habrá perdonado aún a Mario Vargas Llosa los libros que éste escribió sobre las costumbres de ese grupo social. Un escritor puede ser un partido político al que siempre se le busca un revés. En este caso, el respeto a la patria han querido que sea pagado con el silencio sobre lo que ocurre. Los que hemos visto a ese gentleman de la literatura suramericana subido a la tarima de su razón podemos tener la seguridad de que él no se bajará de esa tarima para afirmar lo contrario y decir que no hay hambre en Perú. ■ SILVESTRE CODAC.



Mario Vargas Llosa.